

CONTROL SOCIAL Y MEDIOS: EL LEGADO DE COHEN EN LA SOCIOLOGÍA ACTUAL

Javier Copa Uyuni

Carrera de Sociología, Universidad Mayor de San Andrés, La Paz, Bolivia

E-mail: jcopauyuni@gmail.com

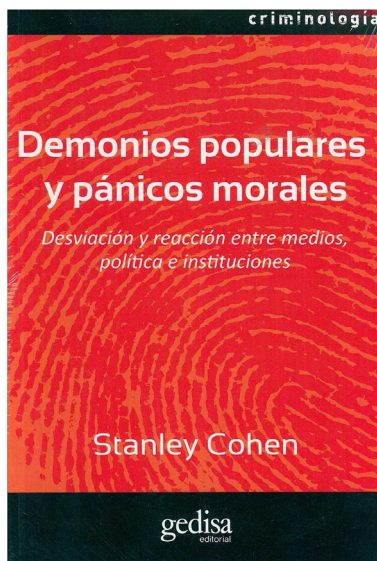
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4934-2338>

Cohen, S. (2011). *Demonios populares y pánicos morales. Desviación y reacción entre medios, política e instituciones* (V. de los Á. Boschirolí, trad.; 4.^a ed.). Gedisa.
(Obra original publicada en 1972).

Al sumergirnos en el pensamiento de Stanley Cohen, nos topamos con un referente ineludible de la criminología crítica y la sociología británica que, curiosamente, no ha tenido el eco que merece en las aulas bolivianas. Su investigación, lanzada originalmente en 1972, rompe los esquemas del simple estudio sobre subculturas juveniles de los sesenta para entregarnos un esquema analítico vital para entender cómo nuestras sociedades procesan sus temores en conjunto.

El autor acuña el término de *pánico moral*, una categoría que retrata esos momentos de furia colectiva dirigidos hacia personas o situaciones que se perciben como un peligro para los valores convencionales del sistema social. Hoy por hoy, su planteamiento sigue siendo sumamente actual, ya que nos ayuda a ver con claridad las “fisuras del poder” y las tácticas del statu quo para criminalizar a quienes consideran como “prescindibles” y “outsiders”.

La estructura del libro sigue una línea temporal que arranca con un prólogo donde Cohen conecta las inquietudes de hoy con la llamada “sociedad del riesgo”. En su análisis, identifica grupos que siempre están en la mira, como los jóvenes de barrios populares, los migrantes refugiados



o quienes consumen drogas socialmente no aceptadas, todos ellos usados como “demonios populares” para desfogar las frustraciones sociales. Lejos de ser algo espontáneo, el autor sostiene que estos grupos son “demonizados” mediante una construcción exagerada y planificada por los medios de comunicación, la política estatal y las fuerzas de control.

En el arranque de su primer capítulo, Cohen defiende que la desviación no es algo que el sujeto traiga consigo, sino una etiqueta que le cuelgan los grupos de poder, basándose en lo que él llama el enfoque transaccional. Lo curioso es que, bajo esta mirada, el control de las instituciones sociales –medios de comunicación– termina siendo, irónicamente, el motor que impulsa y asienta nuevas formas de rebeldía. Para cerrar el capítulo, hace un paralelo con la sociología de los desastres, planteando que etapas como el aviso, el impacto o el remedio sirven para entender cómo reacciona la gente ante lo que rompe su paz.

Esta forma circular de ver las cosas prueba que la etiqueta que se pone al principio define qué tan fuerte y de qué forma será la desviación que se guardará en la memoria colectiva. En el siguiente apartado, Cohen le da un papel estelar al *inventario*, que no es otra cosa que el proceso de fabricación de noticias por parte de la prensa. Aquí, los medios se vuelven *emprendedores morales* que, mediante el uso de la exageración y la predicción, terminan por deformar y estigmatizar lo que realmente pasó en un inicio.

Esta etapa es vital porque logra que objetos comunes, como podía ser la ropa de los Mods, quienes eran una sub cultura juvenil estereotipada por sus formas de violencia, se vuelvan símbolos de un supuesto peligro social, haciendo que el público crea que estas imágenes son la pura verdad. De este modo, la prensa deja de ser solo una fuente de información para transformarse en una herramienta que decide qué hechos inflar o cuáles ignorar, siempre según lo que le convenga al poder moral de turno.

La respuesta de la sociedad se hace fuerte en lo que Cohen llama las *fases de rescate* y remedio, donde se activan prejuicios para exigir mano dura y castigos. El autor detalla cómo los informativos usan la atribución espuria, dándoles rasgos de “salvajismo” o locura a los grupos señalados, lo que termina por justificar que se instale toda una cultura del control social. Esto se traduce en más policías en las calles y en lo que él denomina *ceremonias de degradación*, llevadas a cabo por jueces y uniformados.

Pero el análisis no queda ahí, pues Cohen también nos muestra una cultura de la explotación, donde tanto los políticos como el mercado le sacan tajada a la indignación de la gente. De esta manera, mientras unos ganan votos, otros ganan dinero, y al final todo esto no hace más que alimentar de nuevo la desviación que supuestamente querían frenar.

El libro se introduce de lleno en la pelea callejera usando como escenario las playas de Inglaterra en la década de los sesenta, donde los Mods y los Rockers tenían sus roces. Cohen explica que la fuerte presencia policial y el ruido mediático convirtieron esos lugares en tarimas perfectas para que los “demonios populares” hicieran su función. Al final, el autor busca entender qué movía a estos jóvenes en una época de bonanza económica tras la guerra, notando que la rutina del trabajo y la falta de estudio les generaba un sentimiento de desespero o deriva.

Los Mods fueron como una vanguardia que usaba su estilo y sus compras para decirle “no” a la idea tradicional del trabajo duro y racional. Por otro lado, la música de bandas icónicas como los Stones o The Who ayudó a crear una actitud de arrogancia juvenil que nunca se había visto antes y que funcionó como el detonante de la rabia social.

En el tramo final de la obra, Cohen apunta a la fase de alerta como el momento que define cómo la gente se siente psicológicamente ante una amenaza. Los medios de comunicación se encargaron de armar un ambiente de nerviosismo y espera, lanzando advertencias institucionales cada vez que llegaba un fin de semana. Este clima previo hizo que cualquier cosa sin importancia fuera leída de inmediato como el anuncio de una tragedia nacional.

La policía no se quedó atrás y montó operativos con planes secretos, uso de radios portátiles y hasta se metió de incógnito en los grupos de jóvenes. Así, el pánico moral se volvió algo estable gracias a esta combinación de control cultural y manipulación de la prensa. Los agentes se movieron bajo una lógica donde lo que más importaba era que se respetara su autoridad, más que si se estaba rompiendo alguna ley real.

Los uniformados decidieron arbitrariamente qué lugares eran “complicados” para detener a chicos solo por cómo se veían físicamente. Los jueces apoyaron estas medidas con castigos severos y metiendo a la cárcel de forma preventiva a quienes ellos quisieran. Toda esta presión institucional

terminó por partir a la sociedad en dos: los adultos, por un lado, y los jóvenes vistos como el enemigo, por el otro.

Las medidas tomadas transformaron el espacio de todos en un teatro listo para que los “demonios populares” actuaran. El capítulo cierra con la idea de que el control social fue el que realmente inventó la desviación al poner etiquetas en situaciones donde nada estaba claro. Desde un punto de vista analítico, el trabajo de Cohen brilla por su orden y por la forma tan natural en la que cuenta lo que pasa sociológicamente.

Leerlo es como abrir los ojos, porque uno empieza a ver los mismos patrones de pánico moral en los noticieros de hoy. El argumento es muy sólido y huye de explicaciones simples, dándonos una imagen circular donde el control social tiene tanta culpa de la rebeldía como el acto mismo. Cohen acierta de pleno al usar la analogía de los desastres para estructurar su texto de forma clara y con sentido.

El pánico solo baja cuando la gente se aburre del tema o cuando las modas juveniles pasan de largo, cerrando ese ciclo donde la desviación se infla. Podemos decir que el libro ordena la sociología del pánico moral mostrando cómo todo se retroalimenta desde el inicio. Cohen nos recuerda que estos miedos no duran para siempre, pero que la mano de las instituciones suele impedir que los jóvenes dejen el conflicto, creando en su lugar un fenómeno de masas. Este esquema teórico es clave para entender cómo el poder nos dice quién es el enemigo para mantener su control, siendo una lectura obligada para entender cómo se fabrican los “demonios” de nuestra época.

Finalmente, no se detectan fallos argumentales ni planos superficiales. Por el contrario, los sujetos analizados —aunque anclados en la década de los sesenta— resultan creíbles y cercanos, pues Cohen describe la arrogancia adolescente y la frustración social con una sensibilidad que humaniza a los etiquetados. En conclusión, *Demonios populares y pánicos morales* es una obra de lectura imprescindible para los investigadores que analizan a grupos etiquetados como “anormales” o “outsiders”, pues ofrece las herramientas necesarias para cuestionar las políticas de seguridad actuales, y para entender las formas hegemónicas de control social en sociedades modernas.